

ECO Y *EL NOMBRE DE LA ROSA*. PARA UN MODELO DE ANALISTA INSTITUCIONAL

Sebastián Plut

Doctor en Psicología

Instituto del Altos Estudios en Psicología y Ciencias Sociales (UCES)

stplut@gmail.com.

Abstract

The author analyzes the novel *The name of the rose* and considers the role of his protagonist like a metaphor of the institutional analyst. From this perspective, he examines different problems confronted by G. de Baskerville and that correspond to the axes and topics of an institutional boarding.

Key words: Institutional analysis - affinity - paradoxes - ideal

Resumen

El autor analiza la novela *El nombre de la rosa* y considera el rol de su protagonista como metáfora del analista institucional. Desde esta perspectiva, analiza diferentes problemas afrontados por G. de Baskerville y que corresponden a los ejes y temas de un abordaje institucional.

Palabras Clave: Análisis institucional – afinidad – entrapamientos – ideales

*“El analista halla su placer en esa actividad
del espíritu consistente en desenredar”*
(E.A. Poe; *Los crímenes de la calle Morgue*)

1. ECOS

Desde que leí *El nombre de la rosa* (Eco, 1980), hace ya varios años, tuve la idea de aprovechar la novela, y en particular la figura de Guillermo de Baskerville, su protagonista, como modelo o metáfora del analista institucional (en adelante AI, según sus siglas). Si una novela es una “*máquina de generar interpretaciones*” (Eco, 1987, pág. 9) la opción escogida, sin duda, es solo una de tantas posibles.

De hecho, he incluido el apellido de su autor en el título de este trabajo porque, en este contexto, adquiere diversas connotaciones, además de aludir explícitamente a Umberto Eco. Por un lado, el sustantivo eco nos remite a resonancias, evocaciones, influjos, tal vez en el mismo sentido que Eco se refiere al “*eco de la intertextualidad*” (*op. cit.*, pág. 16) al contarnos sobre el proceso de escritura. Asimismo, en alguna ocasión transformé dicho apellido en sigla (ECO) para un programa de formación denominado Entrena-

miento en Clínica Organizacional, sigla que, a su vez, nos evoca otra, ECRO [1], de Pichon-Rivière.

Efectivamente, al leer la novela las resonancias son múltiples, ya sea hacia otros autores, géneros literarios y, aun, disciplinas diversas. Al menos a mí me evocó textos filosóficos, lingüísticos, psicoanalíticos, así como mundos literarios diversos. Se puede leer la obra como una novela histórica (sobre el medioevo) [2], como una escritura científica y/o conjetural o como novela policial [3], con algún sesgo que la liga a la literatura gótica [4]. Entre las historias policiales, por el tipo de método de Baskerville, evoqué especialmente a Poe (1840) y su personaje Dupin en “Los crímenes de la calle Morgue” [5]. No ha quedado fuera de estas ilaciones la tragedia *Edipo Rey*, de Sófocles, la cual, por qué no, también puede ser leída en clave policial [6].

En primer lugar, me referiré a dos antecedentes de este trabajo, dos autores que también han examinado la novela en el marco de los problemas institucionales. Luego, expondré el conjunto de fragmentos que, a modo de una muestra, tomamos en cuenta para nuestro estudio sobre Guillermo de Baskerville como analista institucional. Finalmente, en las conclusiones profundizaré en las observaciones ya formuladas e intercaladas entre los fragmentos citados.

2. DOS ANTECEDENTES

Para la articulación específica entre la novela *El nombre de la rosa*, teoría psicoanalítica y problemas institucionales, tomé en cuenta los estudios de Maldavsky (1991) y de González (1998).

Maldavsky propone dos alternativas de análisis de la novela: a) considerar la lógica interna de la narración a partir de una categorización de escenas y procesos retóricos que den cuenta de un conjunto específico de deseos y defensas; b) estudiar la descripción de una serie de vicisitudes institucionales. Este segundo camino, que es el que sigue en su libro, difiere en los interrogantes respecto de la primera orientación: cuál es la estructura institucional; cuál es su relación con lo exterior; por qué cada quién tomó determinadas decisiones y no otras; cómo las ejecutó y qué efectos produjeron; por qué ocurrieron éstos y cómo se manifestaron en los diferentes estamentos institucionales; cual es el valor de la tradición y las aspiraciones sectoriales [7].

Uno de los enigmas que se desprende de la novela es por qué Jorge de Burgos no destruyó el libro de Aristóteles sobre la risa si lo consideraba tan insoportable. Es decir, ¿en qué consiste la necesidad de atesorarlo y, al mismo tiempo, de sustraerlo de los ojos de los lectores? Maldavsky entiende que el mantenimiento del orden institucional tiene un doble requisito: el temor reverente y la presencia de un lugar –excluido de la circulación– en que se localice a un representante del goce. Se trata de un suceso que obedece a una ley según la cual deben crearse dos espacios separados, el de lo cotidiano y uno contrapuesto, tabú, el de lo sagrado, regido por una prohibición de contacto [8]. Respecto del vínculo con ese espacio, Maldavsky distingue las posiciones de Jorge y de Guillermo: mientras que para el primero dicho espacio está vedado al resto y requiere mediadores que obtienen su poder de esa posición, para Guillermo es preciso acceder a él de un modo reflexivo y crítico [9].

Otra diferencia entre ambos personajes deriva de la forma del ideal. En Jorge prevalece un ideal totémico (en cuyo caso el ideal puede llegar a coincidir con el yo), en tanto que el ideal de Guillermo es de mayor nivel de abstracción, un ideal imposible de saturar con alguna vivencia. Dicho de otro modo, el freno de Jorge a exponer el libro sobre la risa deriva de no poder producir un ideal más complejo [10]. Tengamos en cuenta que a cada tipo de ideal (considerados tanto por su forma como por su contenido) le corres-

ponden modos específicos de representación preconciente del líder y del grupo, así como de las posiciones posibles del yo en él y también del grupo hostil al propio.

Por otro lado, Maldavsky describe las múltiples transacciones entre fragmentos diversos: a) proyectos y aspiraciones sectoriales; b) tradiciones (valores, historias, etc.), c) realidades (externas e internas). Cada uno de estos sectores tiene sus propios representantes y también pueden ser heterogéneos en sí mismos (por ejemplo, grupos con diferentes aspiraciones enfrentados entre sí, o individuos que dotan de significaciones diferentes a la realidad, o representantes de tradiciones diversas). A su vez, en ocasiones resultará sofocado un sector de las aspiraciones y proyectos (desde los representantes de las tradiciones, por ejemplo), o bien puede darse un rechazo de la realidad y/o de las tradiciones y liderazgos previos o vigentes. De allí que el autor sostiene que *“los cambios en las organizaciones institucionales deben ser pensados pues desde esta múltiple perspectiva: en su relación con las aspiraciones sectoriales, con las ideologías (tradiciones) y con la supuesta realidad”* (1991, págs. 188-9).

Dada esta diversidad de factores en juego, son también numerosos los riesgos que una institución tiene de fragmentación, enfrentamiento y disolución. Tales riesgos no surgen solamente cuando la realidad frustra algún proyecto sino también cuando desde su interior queda obstruido el camino para la generación de proyectos que renueven los ideales comunes como factor de cohesión.

Con el texto de González (1998) mi trabajo tiene afinidad en cuanto a tomar a Guillermo de Baskerville como analista institucional. Su objetivo central es el examen de algunos de los supuestos que conforman el campo interpretativo del personaje. A diferencia de Baskerville, para quien Dios es el “infinito torbellino de posibilidades”, *“los puros... pueden definir con buena conciencia quiénes son los buenos y quiénes los malos, los herejes y los ortodoxos... pueden marcar nítidamente los lugares de cada cual sin sentirse implicados”* (pág. 31). En nuestro análisis posterior destacaremos precisamente esa función que cumple Guillermo en cuanto a establecer afinidades donde otros solo observan diferencias y, simultáneamente, detectar diferencias donde otros solo ven identidades.

Otro aspecto comentado por González es que las interpretaciones que realiza Guillermo no apuntan únicamente a reconstruir los hechos sino que también consideran los efectos defensivos que su accionar mismo tiene en la institución. Asimismo, incluye entre las consecuencias su propia implicación.

Finalmente, expone el repertorio de alianzas y conflictos en juego (luchas entre el Papa y el emperador, entre franciscanos y benedictinos, de los *fraticelli* con la Inquisición, etc.) y advierte sobre el reducido poder de Guillermo toda vez que *“depende en buena medida de aquellos mismos a quienes pueden afectar sus averiguaciones”* (pág. 48).

3. LA NOVELA: LA MUESTRA PARA UNA INVESTIGACIÓN

Si bien consideramos numerosas partes de la extensa novela, hemos escogido algunos fragmentos específicos que resultan particularmente significativos para examinar la figura y rol de Guillermo de Baskerville como analista institucional [11]. En lo que sigue, exponemos tales fragmentos agrupados y reordenados, a su vez, en diversos temas: el motivo de consulta, encuadre y problemas de trabajo; la función de intérprete y metodólogo; la cuestión de la afinidad y la diferencia; los ideales; la producción de la exterioridad y los modos de transgresión; los entrampamientos y las perturbaciones del pensar.

3.1. Motivo de consulta, encuadre y problemas de trabajo

En esta sección veremos algunos de los problemas ligados con el encuadre de trabajo y las limitaciones que se le presentan al AI. Un aspecto central, al trabajar con una institu-

ción, está dado por el problema del poder, quizá menos presente (si bien, no del todo ausente) en la actividad psicoterapéutica. En tal sentido, es conveniente que comencemos por lo que constituye el motivo de consulta.

Guillermo concurre a la abadía, por un lado, con el objeto de resolver el misterio de una serie de muertes (¿asesinatos?) y, por otro lado, para participar —e intentar conciliar— en una reunión entre representantes de diferentes orientaciones políticas (el papa y el emperador). El Abad, se lo expresa a Guillermo:

“En esta abadía ha sucedido algo que requiere la atención y el consejo de un hombre agudo y prudente como vos. Agudo para descubrir y prudente para cubrir... Si un pastor falla, hay que separarlo de los otros pastores, pero, ¡ay si las ovejas empezaran a desconfiar de los pastores” (Eco, 1980, pág. 40).

Guillermo responde:

“Comprendo” (Eco, *op. cit.*, pág. 40).

El encargo que recibe Guillermo contiene un cierto entrampamiento ya que si bien se le solicita que descubra lo que está sucediendo, también se le pide silencio al respecto. Al mismo tiempo, en dicho encargo la acción del investigador queda limitada a dar un “consejo” que, por otra parte, no afecte la dinámica institucional sino, sencillamente, a uno o más pastores en particular. En efecto, la desconfianza de las ovejas podría derivar de poner en cuestión la lógica institucional y no, tan solo, de reconvenir la conducta de un sujeto en particular. El pedido del Abad, entonces, consiste en que Guillermo no interprete los actos de un sujeto como resultante de la dinámica intersubjetiva. Si bien, al menos en principio, Guillermo no cuestiona el entrampamiento y la limitación, tampoco acuerda sino que manifiesta “comprender” el pedido de la autoridad. Guillermo habrá comenzado a entender que Abbone le sugería operar como un inquisidor.

El Abad no solo intenta delimitar los alcances de la investigación, sino que también propone una explicación mística: la presunta presencia del diablo. Al respecto, inquiriere por qué Guillermo no se aviene a pronunciarse sobre la causa diabólica de los actos delictivos. El monje de Baskerville explica:

“Razonar sobre las causas y los efectos es algo bastante difícil... A nosotros nos cuesta ya tanto establecer una relación entre un efecto tan evidente como un árbol quemado y el rayo que lo ha incendiado, que remontar unas cadenas a veces larguísimas de causas y efectos me parece tan insensato como tratar de construir una torre que llegue hasta el cielo” (Eco, *op. cit.*, pág. 41).

Guillermo no afirma que el diablo no mete la cola. Aunque no esté de acuerdo en que se trate de la incidencia del diablo, a pesar de ser él mismo un prestigioso miembro religioso, opta por argumentar sobre las posibilidades y restricciones de su pesquisa [12] ya que, de ese modo, no necesita entrar en contradicción con el Abad. En la misma discusión con el Abad, recordando la época en que Guillermo era un inquisidor y sobre un hecho en particular, este último señaló:

“Tal vez la única prueba verdadera de la presencia del diablo fuese la intensidad con que en aquel momento deseaban todos descubrir su presencia” (Eco, *op. cit.*, pág. 42).

La presencia del diablo es requerida por un tipo particular de concepción religiosa y por la práctica inquisitorial. Es decir, la Inquisición no sería solo un sistema cruel de persecución y castigo a los herejes, sino también de producción (y proyección) de la herejía. Recuerdo una institución en la cual uno de sus miembros solía relatar escenas en que ocurría algún tipo de abuso o injusticia. En algunas de estas escenas él mismo era el sujeto activo, en tanto que en otras se describía como víctima de las mismas. Lo que se evidenció posteriormente fue no solo la diferencia posicional (activo-pasivo) sino que las segundas eran situaciones ficticias, que no habían ocurrido.

El Abad, además, omite ciertos detalles que no podía exponer pues los conocía por vía de la confesión de algunos monjes. El narrador dice:

“comprendí que el Abad sabía algo, pero que se trataba de un secreto de confesión... Quizá por eso pedía a Guillermo que descubriera un secreto que no podía comunicar a nadie, con la esperanza de que mi maestro esclaresiese con las fuerzas del intelecto lo que él debía rodear de sombra movido por la sublime fuerza de la caridad” (Eco, *op. cit.*, pág. 46).

Este fragmento muestra el encuentro entre dos tipos de lógicas más un entrapamiento pragmático. No sabemos si se trataba de caridad o de la decisión de no transgredir una norma institucional (secreto de confesión). Aun pudiendo recurrir a principios más generales que los que rigen la propia institución, el Abad opta por no transgredir las normas específicas. Por otra parte, nuevamente se trata de que Guillermo busque un culpable, un pecador, pero sin conmovir la lógica institucional en la cual prevalecen ciertos tabúes. Al tiempo que se le solicita a Guillermo que intervenga, se sostienen y admiten diversos grados de inaccesibilidad, tal como lo señala el Abad respecto de la biblioteca:

“...sólo el bibliotecario sabe, por la colocación del volumen, por su grado de inaccesibilidad, qué tipo de secretos, de verdades o de mentiras encierra cada libro” (Eco, *op. cit.*, págs. 49-50).

Malaquías lo aclara y confirma más tarde:

“Más fuerte que cualquier puerta ha de ser la interdicción del Abad” (Eco, *op. cit.*, pág. 107).

El Abad acepta que descubra al culpable de un hecho, por ejemplo, un acto sexual cometido por un monje, pero no permite que se acceda a la biblioteca. Podemos figurarnos pues una institución como un ámbito con conflictos diversos, en diversos niveles y de diferentes grados y que el conjunto está marcado y escindido por diversos grados de inaccesibilidad [13].

Como existía la posibilidad de que una de las muertes –la de Adelmo– hubiese sucedido desde una de las ventanas de la biblioteca, Guillermo le pregunta a Abbone:

“¿Cómo puedo razonar sobre su muerte sin ver el lugar en que pudo haber empezado la historia de su muerte?” (Eco, *op. cit.*, pág. 51).

El Abad responde:

“...un hombre que ha descrito a mi caballo Brunello sin verlo, y la muerte de Adelmo sin saber casi nada, no tendrá dificultades en razonar sobre lugares a los que no tiene acceso” (Eco, *op. cit.*, pág. 51).

El argumento del Abad constituye un elogio e incitación a la destreza intelectual de Guillermo. Si la pregunta de Guillermo era retórica, el elogio del Abad tiene como finalidad distraerlo del asunto de fondo: la prohibición de ingresar al recinto de la biblioteca. Esta postura del Abad se evidencia también cuando presenta a Guillermo ante un conjunto de monjes:

“Les dijo, además, que facilitarían su investigación, siempre y cuando, añadió, no violase las reglas del monasterio” (Eco, *op. cit.*, pág. 121).

Si bien ahora es más explícita la prohibición, no se especifican cuáles son las reglas ni el motivo de la proscripción [14]. ¿Cuáles son las reglas a las cuales el AI debe sí o sí amoldarse? ¿Cómo intervenir sobre esas reglas, que no son generales sino propias y específicas de cada institución, pero que constituyen una interferencia al tiempo que no conviene negar su existencia?

Guillermo, por su parte, sabe que tendrá que operar entre el deseo de hallar la verdad y las limitaciones propias de los juegos de poder. Una dimensión del conflicto, pues, para el AI concierne a los nexos problemáticos entre ciencia y política, esto es, la relación entre sus modos de comprender la institución y sus métodos de investigación, por un lado, y la dimensión política por otro. Guillermo lo dice del siguiente modo:

“La ciencia no consiste solo en saber lo que debe o puede hacerse, sino también en saber lo que podría hacerse aunque quizá no debiera hacerse” (Eco, *op. cit.*, pág. 123).

La intervención institucional, entonces, supone avanzar desde el deseo de saber y el objetivo de cambio clínico y, al mismo tiempo, poner en tensión el vector de lo posible con el de lo prohibido. Guillermo sabe bien que más allá de los valores religiosos:

“Una abadía es siempre un sitio donde los monjes luchan entre sí para conseguir el gobierno de la comunidad” (Eco, *op. cit.*, pág. 155).

Entiende claramente que las luchas de poder se mezclan con los ideales religiosos y que tal combinación puede desplegarse de diversos modos, a veces prevaleciendo estos últimos y otras veces subordinados a la dimensión política. En esta línea, el Abad le transmite a Adso cuál es su posición respecto de la interpretación:

“¿Y quién decide cuál es el nivel de la interpretación y cuál es el contexto correcto? Lo sabes, muchacho, te lo han enseñado: la autoridad, el comentarista más seguro de todos, el que tiene más prestigio y, por tanto, más santidad” (Eco, *op. cit.*, pág. 545).

Para el Abad, la autoridad no emana de las cualidades del intérprete, sino a la inversa, el mejor intérprete será quien esté colocado en la posición de autoridad y tenga algún prestigio. Asimismo, desde la posición de poder se determinan el significado interpretable y

el nivel de profundización alcanzable. Cada institución impone una jerarquización semántica (criterios de interpretación y definiciones sobre cuál es la interpretación correcta) así como también tiene sus propias premisas para legitimar la fuente de poder, prestigio, etc. (Plut, 2010a).

Guillermo no deja de exponer algunas premisas de su modo de pensar. Así ocurrió cuando justificó por qué no pesquisar la causa diabólica y también cuando afirma que:

“Los simples son carne del matadero: se los utiliza cuando sirven para debilitar al poder enemigo, y se los sacrifica cuando ya no sirven” (Eco, *op. cit.*, págs. 187-8).

Aquí pone de manifiesto el problema de la posición de ayudante o auxiliar (Freud, 1921) y cuál es el destino de los colocados en dicho lugar, destino que no constituye una contingencia.

Hacia el final de la semana (al cierre de la intervención institucional) el joven discípulo de Guillermo sabrá que las abadías son un escenario de luchas por el poder. Adso advierte que se trata de:

“hombres enfrentados duramente por sostener interpretaciones opuestas del evangelio” (Eco, *op. cit.*, pág. 412).

En suma, tenemos allí tres factores intervinientes: el evangelio, lo que cada sujeto o facción interpreta y los tipos de enfrentamientos que se despliegan al respecto.

3.2. Intérprete y metodólogo

Los fragmentos incluidos en esta sección contienen, principalmente, momentos de intercambio entre Guillermo y Adso, en los cuales el primero explica su lógica y procedimiento a su discípulo. Baskerville busca una verdad y, veremos, de qué tipo de verdad se trata, cuál es su método y dónde intenta hallarla. Adso lo observa, escucha atentamente y así lo describe:

“movido como estaba sólo por el deseo de la verdad, y por la sospecha de que la verdad no era lo que creía descubrir en el momento presente” (Eco, *op. cit.*, pág. 21).

Es interesante, en función del tipo de verdad en juego, el siguiente diálogo entre el maestro y su discípulo:

Adso: - *“¿No debiéramos decir que el libro de la naturaleza nos habla solo por esencias?”*

Guillermo: - *“No exactamente... la impronta en aquel lugar y en aquel momento del día me decía que al menos uno de todos los caballos posibles había pasado por allí. De modo que me encontraba a mitad de camino entre la aprehensión del concepto de caballo y el conocimiento de un caballo individual. Y de todas maneras, lo que conocía del caballo universal procedía de la huella, que era singular”* (Eco, *op. cit.*, pág. 38).

Este fragmento nos ilustra sobre algunos aspectos relevantes. Por un lado, una diferencia entre el tipo de saber que pretende sostener Adso y el que ostenta Guillermo. Mientras el primero privilegia una verdad abstracta, esencial, su maestro combina las deduc-

ciones con la realidad concreta, material. Por otro lado, también constituye una reflexión sobre la relación entre lo universal, lo general, lo particular y lo singular, o entre las teorías y los casos. A propósito de la singularidad, Klimovsky nos planteó que *“en física ocurre exactamente lo mismo que en psicoanálisis. Cada estrella es una singularidad y sin embargo se puede saber muchísimo acerca de las estrellas. Cada sistema planteario es una singularidad... que algo sea una singularidad no es un obstáculo insalvable, es simplemente una complicación”* [15]. Esta relación –entre teoría y singularidad- también orienta en cuanto a la observación del material, de la realidad, dado que el análisis no resulta ni pura teoría ni puro empirismo [16] (Plut, 2006, 2010a). Ello nos recuerda lo que Freud dijo a Abraham (en la carta del 3 de junio de 1912): *“Lo difícil no es encontrar material sino conectar acertadamente lo encontrado y agruparlo de acuerdo con los distintos estratos existentes”*.

Días después, Guillermo le enseña a Adso que:

“...resolver un misterio no es como deducir a partir de primeros principios. Y tampoco es como recoger un montón de datos particulares para inferir después una ley general. Equivale más bien a encontrarse con uno, dos o tres datos particulares que al parecer no tienen nada en común, y tratar de imaginar si pueden ser otros tantos casos de una ley general que todavía no se conoce y que quizá nunca ha sido enunciada” (Eco, *op. cit.*, pág. 372).

En sus *Apostillas* Eco (1987) sostiene que la novela policial, al igual que el psicoanálisis, busca un culpable. Si bien aquí disentimos con el semiólogo, consideramos que su semejanza se da por el recurso a la abducción, tal como se revela en el párrafo precedente [17]. Baskerville no se contenta con inventariar hechos, sino que asume la tarea de conectarlos, lo cual evidencia no solo el análisis paradigmático (repertorio de sucesos) sino también el análisis sintagmático (indagar sus combinaciones).

Adso pregunta a Guillermo cómo confiar en el saber que está atesorado en los libros, a lo cual su maestro le responde:

“Los libros no se han hecho para que creamos lo que dicen, sino para que los analicemos. Cuando cogemos un libro, no debemos preguntarnos qué dice, sino qué quiere decir” (Eco, *op. cit.*, pág. 386).

Guillermo sabe que cada discurso –escrito u oral- tiene una función, quizá una cierta intencionalidad. Lo que alguien dice, pues, supone un algo más consistente en lo que quiere decir (hacer, lograr) con aquello que expresó. Pesquisar esto último, la función de un discurso dado, requiere de una indagación, determinada por los objetivos, el marco teórico y el método empleado, que toma en cuenta el contexto concreto de lo dicho.

Respecto de su relación con los libros –y lo mismo podríamos decir de su observación de los hechos- Guillermo entiende que:

“El bien de un libro consiste en ser leído. Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos, que, a su vez, hablan de las cosas. Sin unos ojos que lo lean, un libro contiene signos que no producen conceptos... Quizá esta biblioteca haya nacido para salvar los libros que contiene, pero ahora vive para mantenerlos sepultados” (eco, *op. cit.*, pág. 482).

En suma, para Guillermo la razón de ser de un texto es que tenga un destinatario y en ello se distingue de Jorge, quien solo atiende al valor de la conservación y la custodia.

Podrá ser también objeto de análisis la posición de aquellos monjes que, como Guillermo, aspiran a leer aquel libro celosamente guardado por Jorge de Burgos. Sin embargo, si bien algunos –los que mueren por envenenamiento– transgreden la interdicción, no la cuestionaron de modo crítico, y en eso se distinguen de Baskerville.

Si el afán de conservar no se enlaza con otros proyectos, que a su vez permitan la circulación y el intercambio de lo atesorado, lo acumulado se vuelve tóxico (como todo lo sepultado). Es decir, la conservación deja de ser un medio y se constituye en un fin en sí mismo.

Así como los libros y los hechos han de interpretarse como signos, lo mismo entiende Guillermo sobre los sueños:

“Quisiera ser como Artemidoro para poder interpretar correctamente un sueño... Un sueño es una escritura, y hay muchas escrituras que son solo sueños” (Eco, *op. cit.*, págs. 532-3).

Es decir, la materia y objeto de la interpretación es múltiple y variada, para lo cual habrá una ciencia y un método, ya que no se trata de una hermenéutica caprichosa aunque tampoco azarosa [18]. Aun siendo monje, Guillermo no se inclina por explicaciones religiosas de los hechos (por ejemplo, hallar la participación del “maligno”). Tampoco superpone, como sí lo hacen otros integrantes de la abadía, la herejía con el error o la falsedad:

“un buen cristiano puede aprender a veces incluso de los infieles” (Eco, *op. cit.*, pág. 23).

La pecaminosidad, pues, ofrece algo para el aprendizaje o, ya en nuestros términos, nos dice algo de la pulsión [19]. El mismo Adso reflexiona sobre la herejía:

“... a menudo son los propios inquisidores los que crean a los herejes. Y no solo en el sentido de que los imaginan donde no existen, sino también porque reprimen con tal vehemencia la corrupción herética que al hacerlo impulsan a muchos a mezclarse en ella, por odio hacia quienes la fustigan” (Eco, *op. cit.*, pág. 65).

De aquí se desprende que: a) cada institución tiene sus propios modos de crear un tipo de mal, de marginalidad, de enemigo, etc.; b) el AI debe abandonar la posición del inquisidor; c) tal renuncia no implica solo no ser persecutorio (vengativo), sino además: cuidarse de proyectar en el otro lo que uno cree y/o de inducirlo. El coordinador de un equipo de salud mental se irritaba fuertemente cuando alguno de los profesionales expresaba dudas en lugar de afirmaciones contundentes. Sin embargo, la reacción del coordinador fomentaba que el otro se pusiera aun más dubitativo y, consecuentemente, aquél se ponía progresivamente más sádico. Se revela así la complejidad de los mecanismos de proyección e identificación.

Hay una diferencia, no siempre registrada, entre escuchar a los presuntos herejes y lo que se dice de ellos. Guillermo, de hecho, no parte de una diferenciación cualitativa o extrema entre herejes y simples por un lado, y monjes y sabios por otro, lo cual, al mismo tiempo, le permite un análisis de lo que llamaríamos su propia contratransferencia e implicación. Así se advierte en el siguiente pasaje en latín:

“Omnis mundi creatura, quasi liber et pictura, nobis est in speculum” (Eco, *op. cit.*, pág. 32) [20].

Más tarde, Guillermo le dice a Adso:

“Tampoco en la investigación que estamos haciendo me interesa saber quién es bueno y quién es malo. Solo quiero averiguar quién estuvo ayer por la noche en el scriptorium, quién cogió mis anteojos, quién dejó en la nieve huellas de un cuerpo que arrastra a otro cuerpo, y dónde está Berengario. Una vez conozca estos hechos, intentaré relacionarlos entre sí, suponiendo que sea posible, porque es difícil decir a qué causa corresponde cada efecto” (Eco, *op. cit.*, pág. 253).

El AI no procede como el inquisidor –y recordemos que Guillermo lo fue. Tal vez podamos conjeturar que el AI ha de transformar –vía renuncia pulsional- la propia actitud de quien persigue a otro y de quien sostiene una carga valorativa moral, para así poder identificar las escenas correspondientes, los enlaces específicos y su significación. Asimismo, si bien procura la indagación etiológica –establecimiento de causas y efectos- también incluye la detección de los componentes semánticos y sintácticos (sentidos y relaciones).

Días después, cuando ya había llegado el inquisidor Bernardo Gui a la abadía, Guillermo le explica a Adso:

“... a Bernardo no le interesa descubrir a los culpables, sino quemar a los acusados. A mí, en cambio, lo que más placer me proporciona es desenredar una madeja bien intrincada” (Eco, *op. cit.*, pág. 480).

Guillermo no solo afirma que el inquisidor busca un culpable, sino que sea como fuere lo encontrará, aun cuando no lo descubra, ya que lo que necesita Gui [21] es quemar a un acusado. En cambio, a Baskerville le interesa (y le da placer) el desciframiento de un enigma, de manera que difiere del inquisidor tanto por sus objetivos cuanto por sus métodos. La diferencia, pues, no es solo qué descubrir sino cómo y para qué [22]. Posteriormente, pensando en la disposición de las salas del laberinto (biblioteca) Guillermo le dice a su discípulo:

“Primero encontraremos la regla. Después trataremos de justificar las excepciones” (Eco, *op. cit.*, pág. 264).

Aquí encontramos otro aspecto de sus procedimientos que homologa al detective con el clínico: el uso de la abducción [23]. Guillermo procura establecer una regla para poder comprender el significado de los hechos, a pesar de lo cual también sabe que deberá darle cabida a las excepciones. Veamos el siguiente diálogo entre maestro y discípulo:

Adso: - *“¿Cómo habéis sido capaz de resolver el misterio de la biblioteca observándola desde fuera, si no habíais podido resolverlo cuando estuvisteis dentro?”*

Guillermo: - *“Así es como conoce Dios el mundo, porque lo ha concebido en su mente, o sea, en cierto sentido, desde fuera, antes de crearlo, mientras que nosotros no logramos conocer su regla, porque vivimos dentro de él y lo hemos encontrado ya hecho”* (Eco, *op. cit.*, pág. 267).

Baskerville considera, entonces, que la perspectiva adecuada –para nosotros la del AI– es la de mantener cierta exterioridad, lo cual no desmiente su grado de implicación pero lo preserva de ciertos errores y sesgos. Es notable que, previamente, cuando Abbone le transmitió a Guillermo la prohibición de acceder a la biblioteca, este último le preguntó cómo podría razonar sobre determinado hecho sin ver el lugar en qué ocurrió y, ahora, es Adso quien le pregunta a Guillermo cómo pudo hacer un descubrimiento desde fuera. Lo que se comprende es que: a) Guillermo aceptó el desafío a su inteligencia propuesto por el Abad (lo cual no implicó necesariamente acatar la interdicción); b) la pregunta de Guillermo al Abad queda ahora resignificada: no preguntó tanto por cómo razonar sin ver, sino que intentaba comprender aun más el motivo de la prohibición. A su vez, la posición de exterioridad desde la cual Dios crea el mundo, según el argumento de Guillermo, también nos conduce a pensar que el proceso de análisis se encuentra en la mente del analista, quien, por así decirlo, lo crea [24].

Al escuchar las conversaciones de Guillermo con otros monjes, Adso detecta:

“indicaciones muy útiles para comprender la sutil inquietud que aleteaba entre los monjes, y algo que, aunque inexpresado, estaba presente en todo lo que decían” (Eco, *op. cit.*, pág. 94).

Es decir, el observador advertía el estado de inquietud, la presencia de lo no dicho y, a su vez, indicadores que, por una u otra vía, darían cuenta de aquello ocultado y/o del malestar existente. Sabemos, de hecho, que los canales por los que obtenemos información valiosa, significativa, son variados e incluyen lo relatado, los actos del habla, los componentes paraverbales y los desempeños motrices (Plut, 2010c). En este conjunto también cobran relieve las estrategias por medio de las cuales Guillermo reenfoca la conversación con Abbone:

“-¿Acaso podría afirmar algo semejante? –preguntó Guillermo, y comprendí que había formulado la pregunta de modo que el Abad no pudiese afirmar que sí podía, y aprovechó el silencio de Abbone para desviar el curso de la conversación” (Eco, *op. cit.*, pág. 42).

Otro aspecto significativo observado por Adso de Melk comprende los modos en que el analista institucional transmite sus conjeturas así como la posición de quien las escucha:

“...su explicación me pareció al final tan obvia que la humillación por no haberla descubierto yo mismo quedó borrada por el orgullo de compartirla ahora con él... Tal es la fuerza de la verdad, que, como la bondad, se difunde por sí misma” (Eco, *op. cit.*, pág. 33).

Subrayamos la importancia de la cooperación entre los miembros de la institución y el analista, lo cual requiere tomar conciencia, por ejemplo, de los propios sentimientos de humillación. Dicho de otro modo, la competencia por el saber y la inteligencia es inversamente proporcional a la confianza y la colaboración recíprocas. Si el AI debe renunciar a la posición persecutoria (inquisidora) el grupo con el trabaja deberá acceder a una renuncia similar relativa a los sentimientos de humillación. Para ello concurren tanto el clima y el encuadre propuesto –y respetado– por el analista, cuanto la disposición de los miembros de la institución respecto de la resolución de sus propios conflictos. Para el

análisis de éste y otros problemas será fundamental considerar los mecanismos de defensa y el tipo de alianzas intersubjetivas que se despliegan.

Finalmente, Adso comprende y murmura:

“Omnis mundi creatura, quasi liber et scriptura” (Eco, *op. cit.*, pág. 134) [25].

3.3. *Afinidad y diferencia*

Un aspecto al que daremos especial relevancia, por su valor en la comprensión de los fenómenos institucionales y por la particular consideración que de él hace Guillermo, es la relación entre la afinidad y la diferencia (Freud, 1920; Maldavsky, 1996):

“[Guillermo] respondió que la belleza del cosmos no procede sólo de la unidad en la variedad sino también de la variedad en la unidad” (Eco, *op. cit.*, pág. 24).

Esta respuesta nos evoca la definición de belleza como reunión armónica de elementos diferentes (Maldavsky, *op. cit.*). Posteriormente, notaremos cómo Guillermo identifica unidades donde se suponían diferencias y, simultáneamente, diferencias donde solo se admitían unidades. Más aun, la sabiduría de nuestro monje incluía ese mismo criterio para su propio razonamiento, toda vez que no solo siempre sospechaba de la verdad descubierta en el presente sino que también procuraba darle cabida, dentro de sí, a la contradicción, a lo que no se deja reducir a una unidad:

“...un hombre sabio debía pensar cosas que se contradecían entre sí” (Eco, *op. cit.*, pág. 26).

En una conversación con el herbolario (Severino), Guillermo le pregunta si posee venenos en el laboratorio, a lo cual el primero responde:

*“Pero depende de lo que entiendas por veneno. Hay sustancias que en pequeñas dosis son saludables, y que en dosis excesivas provocan la muerte... el límite entre el veneno y la medicina es bastante tenue, los griegos usaban la misma palabra, *pharmakon* [26], para referirse a los dos”* (Eco, *op. cit.*, págs. 134-136).

En ocasiones Freud planteó que la diferencia entre la salud y la patología podría pensarse en términos de la proporción de cantidades. Es decir, la magnitud de un elemento determina el tipo de vínculo que establece con otro elemento.

Puede que esta concepción del *pharmakon* también esté presente en ciertos modos de intervención de Guillermo. Por ejemplo, cuando se limitó a responder “comprendo” al pedido de Abbone o cuando subrayó que la ciencia consiste en saber (y calibrar) lo que puede hacerse y lo que debe (o no) hacerse.

Recordando la discusión entre Guillermo y Ubertino, el narrador afirma:

“Sin duda, Guillermo había argumentado bien, había intentado decirle que no era mucha la diferencia entre su fe mística (y ortodoxa) y la fe perversa de los herejes. Ubertino se había indignado, como si para él la diferencia estuviese clarísima” (Eco, *op. cit.*, pág. 151).

Aquí vemos que Guillermo identifica afinidades donde la rigidez de los monjes encuentra diferencias absolutas. Asimismo, como luego notaremos, Guillermo también detecta diferencias donde los miembros de la abadía tienden a reconocer solo identidades totales (por ejemplo, dentro del grupo de herejes). Quizá podamos establecer un cierto parentesco entre ortodoxia y perversión, en cuanto se trata de la hegemonía de un fragmento a costa del resto (modalidad disfuncional e hipertrofiada de la sinécdoque).

En otra discusión con Abbone, Guillermo exclamó excitado:

“¡No es lo mismo! No podéis medir con el mismo rasero a los franciscanos del capítulo de Perusa y a cualquier banda de herejes que ha entendido mal el mensaje del evangelio convirtiendo la lucha contra las riquezas en una serie de venganzas privadas o de locuras sanguinarias” (Eco, *op. cit.*, pág. 182).

Guillermo propone no homologar aquello que es diferente y resulta necesario pesquisar cuáles serían los criterios para la diferenciación. En un caso (franciscanos del capítulo de Perusa) su actividad parece derivar de la renuncia pulsional y la defensa acorde a fines (lucha contra la riqueza) mientras que el otro parece constituir un destino diverso para el sentimiento de injusticia (venganzas privadas y locuras sanguinarias), destino orientado por la desmentida. Dicho de otro modo, transgresión puede significar cosas diferentes según cuál sea la norma quebrantada, la forma de hacerlo y los objetivos que se persigan.

Luego, Guillermo continúa:

“Abbone, vivís aislado en esta espléndida y santa abadía, alejada de las iniquidades del mundo. La vida de las ciudades es mucho más compleja de lo que creéis, y, como sabéis, en el error y en el mal hay grados... Los patarinos son un movimiento de reforma de las costumbres dentro de las leyes de la santa madre iglesia” (Eco, *op. cit.*, págs. 185-6).

Baskerville expone aquí diversos problemas de una institución: a) los nexos con la exterioridad institucional; b) el grado de aislamiento o desconexión que se desarrolla respecto del mundo externo; c) la importancia de captar matices y diferencias (grados) en lugar de la homogeneidad.

La referencia a los patarinos indica un tipo de transgresión no contra sino dentro del marco mismo de una ley más general. Guillermo, pues, distingue las “leyes” de las “costumbres”, siendo estas últimas factibles de ser modificadas sin erosionar a las primeras.

Guillermo aun argumenta:

“Y sabéis muy bien que, si ellos [los pobres, los simples] no distinguen entre la iglesia búlgara y los secuaces del cura Liprando, a menudo ha sucedido que las autoridades imperiales y sus partidarios tampoco han distinguido entre los espirituales y los herejes” (Eco, *op. cit.*, pág. 187).

Guillermo atribuye el mismo tipo de mecanismo –desconocimiento de las diferencias– tanto a los simples como a las autoridades. Sin embargo, la argumentación de Baskerville sugiere que tendería a disculpar a los simples por su incapacidad para distinguir mientras que parece deslizar una acusación hacia las autoridades imperiales. Esto es, da

la impresión de estar formulando una cierta denuncia, como si dijera “no critiques a los ignorantes, pues los sabios también se confunden” [27].

En el debate final entre Guillermo y Jorge de Burgos, al discutir sobre la risa, el ciego afirma que es:

“signo de nuestra limitación como pecadores” [y si uno aprecia la risa] “se transformaría en operación del intelecto aquello que en el gesto impensado del aldeano aun, y afortunadamente, es operación del vientre” (Eco, op. cit., pág. 574).

Jorge entiende que si se eleva el valor de la risa y ya no se la considera solo como un asunto del vientre, se crearía una funesta afinidad entre cultos y aldeanos. Para el ciego la risa es expresión diabólica y no puede ser objeto de una complejización sino que solo queda como expresión orgánica.

Para Guillermo, en cambio:

“... el diablo es la arrogancia del espíritu, la fe sin sonrisa, la verdad jamás tocada por la duda” (Eco, op. cit., pág. 578).

Entre ambos, pues, se contraponen dos tipos de verdad, una absoluta e incuestionable (jorge) y otra que requiere de la duda, de una revisión crítica, que dé cabida a argumentos en contra y al placer de la risa. Esta duda, que no es la del obsesivo, contiene más bien la posibilidad de sostener los interrogantes y, también, soportar la diferencia entre el propio pensar y la realidad.

3.4. Ideales

Freud (1921) estableció el lugar determinante que el líder o ideal tienen en la configuración colectiva. Entre otros aspectos, ha destacado su función de cohesión del conjunto, lo cual es ilustrado por Adso:

“Somos seres frágiles, incluso entre estos monjes doctos y devotos el maligno esparce pequeñas envidias, sutiles enemistades, pero es solo humo que el viento impetuoso de la fe disipa tan pronto como todos se reúnen en el nombre del Padre, y Cristo vuelve a estar con ellos” (Eco, op. cit., pág. 128).

En este fragmento observamos la función y valor del ideal, aunque nos preguntamos cuál es el destino de las envidias y enemistades (¿se resuelven, se disipan, se desestiman?) y, por lo tanto, qué lugar se le da a los conflictos. Es decir, ¿se trata de un amparo tal que permite reunir y conciliar las diferencias o más bien de la ilusión de homogeneidad?

Guillermo describe las perturbaciones del ideal al exponer los tipos de lujuria:

“... la curiosidad de Bencio es insaciable, es orgullo del intelecto, un medio como cualquiera de los otros de que dispone un monje para transformar y calmar los deseos de su carne... También lo es la de Bernardo Gui: perversa lujuria de justicia, que se identifica con la lujuria de poder. Es lujuria de riqueza la de nuestro santo y ya no romano pontífice” (Eco, op. cit., pág. 482).

Aquello que en la novela se presenta como lujuria corresponde, en nuestros términos, a una regresión del ideal, el cual queda degradado por la pérdida de la renuncia pulsional, dado que en tales casos el deseo aspira a la consumación irrestricta de la satisfacción. Tal vez, las limitaciones que el propio Guillermo reconoce en sus deducciones y en la posibilidad de acceso a una verdad definitiva, sin contradicciones, sean la expresión de un freno a la lujuria, entendida como ilusión de que la realidad coincida con la pulsión. Cuando la conflagración ya había arrasado con la abadía, dice Adso:

“Los monjes buscaban con los ojos al Abad para que les explicara y los tranquilizase, pero no lo encontraban... Se veía bien que, en todo caso, aquella turbamulta de aldeanos y hombres devotos y sabios, pero totalmente ineptos, huérfanos de toda conducción, habría estorbado incluso la acción de cualquier auxilio que pudiera llegar” (Eco, *op. cit.*, págs. 589-92).

La situación descrita por Adso nos recuerda el análisis de Freud (1921) sobre los fenómenos de pánico colectivo. Ante la desaparición del líder y la supresión de los lazos que ligan a los miembros de la masa con aquél, desaparecen también los lazos libidinales que unen a los integrantes entre sí. De allí deriva el pánico con el consecuente cese de los miramientos recíprocos.

Lo que podemos preguntarnos es si, efectivamente, en toda institución o masa artificial, cuando desaparece el líder, la resultante necesaria es el pánico. No podremos dar, al respecto, una respuesta acabada, no obstante arriesgaremos algunas hipótesis: por un lado, pensamos que la crisis pánica dependerá del tipo de configuración colectiva, de los deseos y defensas que la determinan y prevalecen. En este sentido, el pánico resultará de la hegemonía de vínculos interpersonales distantes, con un privilegio de la verdad abstracta y que prescinde de sus nexos con la realidad concreta. Asimismo, en tales vínculos (con el líder y de los miembros entre sí) opera como regulador el mecanismo de la desmentida. Otra opción podrá ser que la pérdida del líder constituya un factor que opera, aun en organizaciones con otros tipos de configuración colectiva, convocando, solicitando, tipos de deseos y defensas como los señalados precedentemente.

En la descripción final de Adso se observa que la situación crítica determinó un arrasamiento de las diferencias, una indiferenciación emergente que conllevó a una nivelación inerte en la cual más que la afinidad prevalecieron la identidad y la desconexión. En suma, la afinidad se pierde en la indiferenciación.

3.5. Producción de la exterioridad y tipos de transgresión

En una conversación con Guillermo, sobre hierbas y plantas, Severino afirma:

“La regla se ha ido adaptando con los siglos a las exigencias de las distintas comunidades” (Eco, *op. cit.*, pág. 87).

El herbolario plantea el problema del nexo entre institución, reglas, tradiciones y realidad. Es decir en qué medida una comunidad puede asumir diversas exigencias, provenientes de la realidad y de los deseos, que suponen la modificación de determinadas reglas.

Tal es el mismo conflicto, o diferencia, entre algunos monjes de la abadía y Guillermo, quien sin negar ni oponerse a las premisas esenciales de la cristiandad, admite variaciones y gradaciones sobre numerosos temas y prácticas. En suma, podemos distinguir entre costumbres, reglas y leyes.

Adso, por su parte, comprende el valor y atractivo que la biblioteca tiene para los monjes:

“Estaban dominados por la biblioteca, por sus promesas e interdicciones. Vivían con ella, por ella y, quizá, también contra ella” (Eco, *op. cit.*, pág. 224).

¿Qué relación existe entre promesa y prohibición [28]? ¿Cómo se enlazan y distinguen lo imposible y lo prohibido, es decir, las dos variantes del “no poder”? ¿Es la biblioteca el albergue del ideal? ¿Y qué posición asume cada monje frente a ella? ¿Sujeto o ayudante?

La abadía era un reservorio de textos preciados, volúmenes de los más variados y valiosos de la cristiandad, y su función se centró en la acumulación de todo ese saber de siglos y siglos:

“Pero precisamente... sus monjes ya no se conformaban con la santa actividad de copiar: también ellos... querían producir nuevos complementos de la naturaleza. No se daban cuenta... de que al obrar de ese modo estaban decretando la ruina de lo que constituía su propia excelencia. Porque si el nuevo saber que querían producir llegaba a atravesar libremente aquella muralla, con ello desaparecería toda diferencia entre ese lugar sagrado y una escuela catedralicia o una universidad ciudadana. En cambio, mientras permaneciera oculto, su prestigio y su fuerza seguirían intactos...” (Eco, *op. cit.*, pág. 225).

Esta advertencia de Adso expresa el conflicto entre los deseos —que contienen aspiraciones hacia lo nuevo— y las tradiciones. Es decir, un conflicto entre los usos y costumbres (santa actividad de copiar) y el propósito de producir novedades. Por otro lado, notemos qué es lo que se arruinaría si los monjes avanzaran en su proyecto: a) su propia “excelencia”; b) la barrera entre lo sagrado y lo que no lo es. Para que ese paso (producir novedades y no solo copiar) constituya un cambio favorable (soportable) es preciso que ocurra una transformación del ideal vigente, ya que para éste, dejar de copiar solo supondría ruina, pérdida de prestigio y un arrasante borramiento de las diferencias.

En una conversación con Alinardo, éste le dice a Guillermo:

“Y aquí hay alguien que ha violado la interdicción y ha roto los sellos del laberinto... dicen que el pecado ha entrado en la abadía” (Eco, *op. cit.*, págs. 194-5).

Se dibujan dos fronteras que no solo marcan un territorio sino que también indican prohibición. Por otro lado, queda expuesto que ambas fronteras y prohibiciones han sido transgredidas. Una de tales fronteras es interior (la que separa a la biblioteca del resto de la abadía) y la otra, exterior, separa a la abadía del pueblo, del lugar donde moran simples, pecadores e ignorantes.

Este es sin duda uno de los temas relevantes de la configuración institucional y que será abordado por el AI. Algunos interrogantes al respecto son: ¿cuáles son los mecanismos de producción de la exterioridad y de lo ajeno (incluso al interior de la institución)? ¿Cómo se significa o semantiza dicha exterioridad? ¿Qué tipos de vínculos e intercambios se establecen con aquello exterior?

“Además de las deyecciones de los animales y de los hombres, había otros desperdicios sólidos, todo el flujo de materias muertas que la abadía expelía de su cuerpo para mantenerse pura y diáfana en su relación con la cima de la montaña y con el cielo” (Eco, op. cit., pág. 108).

Esta descripción nos remite no solo al problema de la creación de la exterioridad, sino también a las modalidades y caminos por los que en cada institución se da la producción, tratamiento y resolución de los “restos” (Plut, 2010a).

Aquí cobra relevancia la relación entre lo sagrado y lo pecaminoso, pero no solo en términos del nexo que un monje puede desarrollar con una persona del pueblo, sino que componentes de uno y otro son afines o diferentes. En efecto, cada virtud tiene su propia contraparte [29]:

“...lo que para los legos es la tentación del adulterio, y para el clero secular la avidez de las riquezas, es para los monjes la seducción del conocimiento” (Eco, op. cit., pág. 224).

Con ello se abren diversos temas que aquí solo podemos mencionar: a) el nexo entre deseo y masoquismo; b) la diferenciación entre dos alternativas según sus proporciones cuantitativas; c) los diversos contenidos de las tentaciones (sexuales, económicos y cognitivos).

Sobre el problema de la relación con la exterioridad y la marginalidad, Guillermo le dice a Adso:

“Para el pueblo cristiano, son los otros los que están fuera del rebaño. El rebaño los odia, y ellos odian al rebaño. Querrían que todos estuviésemos muertos, que todos fuésemos leprosos como ellos... Los leprosos, excluidos, querrían arrastrar a todos a su ruina. Y cuanto más se los excluya más malos se volverán, y cuanto más se los represente como una corte de lémures que desean la ruina de todos más excluidos quedarán... Es imposible cambiar al pueblo de Dios sin reincorporar a los marginados... Las herejías son siempre expresión del hecho concreto de que existen excluidos” (Eco, op. cit., págs. 244-7).

Nos interesan, pues, los modos de producción de aquella marginalidad –periferia relativa a un centro determinado- que no es contingente aunque, claro está, no siempre marginalidad significa lo mismo, ya que depende de qué es lo considerado central. En el caso de la abadía, la oposición se da entre un espacio sagrado y otro mantenido precariamente a distancia, connotado como impuro. Es decir, lo sagrado no solo ha de diferenciarse de lo impuro, sino que expulsa de sí (y produce) lo impuro que le es propio y, luego, lo localiza en otros. Por otra parte, aquello excluido podrá tener el valor de lo prohibido, lo decadente o lo hostil, al tiempo que, tanto más se lo excluye tanto más retorna como sadismo o como masoquismo.

Viene en nuestro auxilio el destino de las teorías sexuales infantiles (Freud, 1908) que derivan en:

- a) los modos de clasificación de realidades internas y externas;
- b) la creación de diversos códigos de intercambio;
- c) la admisión o rechazo de ciertas identificaciones [30].

3.6. Entrampamientos y perturbaciones del pensar

Ya hemos visto cómo desde la formulación inicial que el Abad hace del motivo de consulta, con las restricciones que imprime, los secretos de confesión que conserva y la inducción a hallar un culpable según la lógica inquisitorial, Guillermo debe sortear un conjunto de entrapamientos.

Dice Adso:

“Bencio parecía ansioso por empujarnos hacia la biblioteca. Yo dije que quizá quería que descubriésemos ciertas cosas que también él quería conocer, y Guillermo admitió que bien podía ser así, pero que igual cabía la posibilidad de que empujándonos hacia la biblioteca estuviésemos alejándonos de otro sitio” (Eco, *op. cit.*, pág. 141).

Guillermo, por un lado, es capaz de sostener dos posibilidades simultáneas en tanto no tenga un criterio (concreto o lógico) para optar por una u otra [31]. Por otro lado, el deseo de Bencio, aun orientándolos hacia el lado correcto, podría estar determinado más por su propia curiosidad (por ejemplo, encontrar determinado libro) que por el afán de resolver el misterio de los crímenes (o motivo de consulta). Ello nos lleva al problema de la alianza terapéutica, lo cual admite diversas alternativas. El sujeto podrá o bien ratificar aciertos y rectificar desaciertos del analista (colaboración) o bien, a la inversa, podrá ratificar desaciertos y rectificar aciertos (obstrucción). En ambos casos, sus decisiones podrán ser deliberadas o inadvertidas (Maldavsky *et al.*, 2007).

Cuando Berengario le solicita confesarse a Guillermo, éste le dice:

“No, Berengario, no me pidas que te confiese. No cierres mis labios abriendo los tuyos. Lo que quiero saber de ti, me lo dirás de otro modo. Y, si no me lo dices, lo descubriré por mi cuenta. Pídeme misericordia, si quieres, pero no me pidas silencio” (Eco, *op. cit.*, pág. 144).

Aquí hallamos otra modalidad de la obstrucción, la cual no consiste en ratificar un desacierto y/o rectificar un acierto, sino en promover un entrapamiento, una parálisis, en el analista (a través, por ejemplo, del secreto de confesión). Esto puede producirse bajo diversas modalidades, entre otras, en hechos que se relatan en un pasillo, por fuera del espacio o tiempo de la reunión de análisis institucional [32], o bien bajo argumentos que interfieren en la profundización. Al respecto, recuerdo que en una escuela un docente justificaba sus actos de violencia afirmando que esa era su “manera de ser”. Este argumento, por un lado, contenía una admisión de los hechos, con la apariencia de un sinceramiento y cierto arrepentimiento, al tiempo que una interferencia dado que, como el mismo docente también lo sabía, no podíamos en ese ámbito profundizar en su manera de ser. Puedo agregar que esa justificación también coloca el problema en el nivel moral, como si el docente dijera “ya sé, acepto que me comporté mal” y, con ello, concluyera toda reflexión sobre los sucesos ocurridos. Es notable cómo al mismo tiempo que el docente intentaba autojustificarse, se ofrecía para ser castigado, pues si bien con su estrategia evitaba profundizar en la razón de sus actos, también interfería en dimensionarlo en el marco de la dinámica institucional, tal como previamente vimos que el Abad le propone a Guillermo que descubra al pastor en falta pero que su hallazgo no detecte la problemática institucional.

Otro aspecto de la intención de Berengario de confesarse remite ya no solo al destino de lo que podría decir (que no pueda utilizarse) sino a su necesidad de expresarlo –aunque sea bajo la forma de la confesión– por el peso que conlleva mantener ciertos secretos (Plut, 2010c). La respuesta de Guillermo evidencia que él es capaz de renunciar a la

tentación de saber en función de preservar la discrecionalidad de su rol y, con ello, evita quedar atrapado. El complemento de esta afirmación es que quedar atrapado no depende exclusivamente del sujeto activo del atrapamiento, sino de un deseo masoquista de quien padece la situación.

Guillermo le dice al Abad:

“También yo me encuentro atrapado en un extraño juego de alianzas... extraña también la [alianza] de nosotros dos, tan distintos por nuestros objetivos y nuestras tradiciones. Pero tenemos dos tareas en común” (Eco, *op. cit.*, págs. 188-9).

Efectivamente, resulta pertinente que el AI identifique la situación habitual de estar colocado en el medio de alianzas diversas. Tal situación no implica necesariamente ni un desvío de la función, ni haber cometido una traición o inclinar maliciosamente la balanza para uno u otro lado. Más bien parece necesario advertir su frecuencia y sus determinantes y saber que en cada ocasión el AI deberá encontrar soluciones y compromisos específicos. A su vez, respecto del vínculo con Abbone, nuevamente se trata de hallar lo común o afín en la diferencia, ya que solo así habrá un camino posible. Sin embargo, podemos preguntarnos cuál es la diferencia máxima que, sin negarla, permita un trabajo común.

Otro personaje de la novela, Salvatore, le dice a Adso:

“...cuando los verdaderos enemigos son demasiado fuertes, hay que buscarse otros enemigos más débiles” (Eco, *op. cit.*, pág. 234).

Más allá del motivo específico del comentario de Salvatore [33], su argumentación es coincidente con lo que Jaques y Menzies (1967) plantearon sobre la norma de las instituciones navales que estipula que el primer oficial tiene que recoger todo el estiércol y estar dispuesto a ser estiércol él mismo. Se trata de un mecanismo consistente en mantener las relaciones entre el equipo y su capitán libres del riesgo de la hostilidad, la cual queda derivada hacia aquel oficial de menor rango al modo de un chivo emisario. Ello plantea tanto la cuestión de quién es el destinatario de la hostilidad (y los criterios bajo los cuales se lo elige) cuanto el problema de la necesidad de darle un destino a dichas mociones.

Luego, Adso le pregunta a Guillermo si hablará en la reunión sobre la relación entre los franciscanos –su propia orden- y el emperador, en contra del papa, y Baskerville responde:

“Si lo digo, cumpliré con mi misión... pero, al mismo tiempo, mi misión fracasará... Entonces, estoy atrapado entre dos fuerzas opuestas...” (Eco, *op. cit.*, pág. 422).

Guillermo debía, por un lado, exponer el pensamiento de los teólogos imperiales y, por otro, facilitar la conciliación entre las posiciones enfrentadas. Un comentario previo de Adso nos mostró las diferentes significaciones que puede tener un mismo texto, el evangelio, lo cual no solo remite –tal como lo indica Guillermo- a diferencias teológicas sino también a las disputas políticas, a las *“luchas intestinas”* [34] (Eco, *op. cit.*, pág. 430).

Es decir, no se tratará únicamente de debatir interpretaciones sino de considerar, simultáneamente, las intenciones de cada grupo así como también el atrapamiento po-

sible que afecta a la posición del AI. La implicación de Guillermo, pues, es triple: detective, franciscano y diplomático. De modo que, a las dimensiones semántica y sintáctica ya mencionadas, le agregamos la dimensión pragmática [35], relativa al nexo entre el discurso y las acciones [36].

En otra descripción de sus vivencias, Adso comenta:

“Advertí algo que por la mañana, arrobado primero en la oración, y confundido luego por el terror, no había notado” (Eco, *op. cit.*, pág. 174).

Este párrafo nos muestra dos estados del narrador (arrobamiento y terror) cuyo efecto es el mismo, no haber notado algo. Intuimos que allí opera la desmentida –que conduce al desconocimiento de un sector de la realidad- primero en su versión exitosa (oración) y luego en estado fracasado (terror). Resta, pues, preguntarnos, dada esta diferencia entre ambos estados, qué aspecto tienen en común. Nos recuerda lo que Freud (1921) planteó respecto de la hipnosis por terror, lo cual corresponde, precisamente, al pasaje de un estado de “arrobamiento” (para usar el término de Adso) que luego deviene en terror o pánico. La cuestión es en qué consiste esa forma particular (arrobamiento) que adquiere la oración (diferente de la sublimación del místico) para que su desenlace posterior sea el terror. Recordemos que en un diálogo ya citado, entre Adso y Guillermo, el primero afirma (y pregunta) que los libros no hablarían tanto de los hechos concretos sino de la esencia, entendida como un pensar abstracto. Tal vez podamos preguntarnos si las instituciones no promueven un distanciamiento de la realidad concreta sustituida por un mundo de ideas carentes de nexos con el mundo material.

Acercándose ya al desenlace de la novela, y hablando sobre la muerte de Malaquías (ayudante servil del bibliotecario), Jorge de Burgos le dice a Guillermo:

“Yo no quería que muriese, era un fiel ejecutor” (Eco, *op. cit.*, pág. 564).

Si bien el rol de ejecutor es una de las funciones dentro de una institución (Maldavsky, 1991) y que podrá ser cumplida por varias personas, en este caso se trata de un ejecutor designado como “fiel”, esto es, un personaje que solo responde mecánicamente a lo que otro le dice que haga. En tal sentido, nos preguntamos si se puede no morir siendo solo un fiel ejecutor. No nos referimos tanto (o solo) a la muerte orgánica, sino al destino de aquellos que se colocan y son colocados en la posición de ayudante, dado que solo operan como instrumentos de un deseo ajeno. Sobre un aspecto de esta índole Guillermo ya se había pronunciado cuando describió cómo se utiliza a los simples y luego se los sacrifica.

Más tarde, Guillermo le dice a Jorge:

“Construí un esquema equivocado para interpretar los actos del culpable, y el culpable acabó ajustándose a ese esquema. Y ha sido precisamente ese esquema equivocado el que me ha permitido descubrir tu rastro” (Eco, *op. cit.*, pág. 569).

Guillermo había creído que la secuencia de crímenes correspondía a las siete trompetas del Apocalipsis y Jorge termina adecuándose a esa interpretación [37]. Acaso quizá haya sido el modo en que Jorge disfrazó sus crímenes al mismo tiempo que los confesó (Plut, 2010c). Sin embargo, también en este caso identificamos la modalidad obstructiva con el trabajo del AI consistente en ratificar un desacierto.

4. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

Los fragmentos escogidos y comentados nos fueron mostrando algunos ejes y problemas de la práctica del análisis institucional. Hemos visto la importancia del motivo de consulta, los objetivos que genera y al mismo tiempo los límites que plantea, el peso de los diferentes factores en juego (cosmovisiones, distribución del poder, criterios para la toma de decisiones, deseos, etc.). Asimismo, identificamos la incidencia de cuánto y qué se está dispuesto a conmovir de la institución por parte de sus miembros (sobre todo de aquellos que están investidos de algún poder). En lo que sigue, entonces, expondré una síntesis de las diez principales conclusiones y derivaciones de nuestro estudio:

I. Cambios institucionales	Tendrán que considerarse desde la triple perspectiva de su relación con las aspiraciones sectoriales, las tradiciones y la presunta realidad.
II. Criterios para definir el grado de analizabilidad de una institución	1) Personificación o localización individual, esto es, asignar a un sujeto particular lo que corresponde a lógicas y mecanismos de la institución; 2) el alcance de lo que se admita como revisable y modificable (intensidad y abarcatividad de las restricciones).
III. Admisión de una mayor caída de la ilusión de omnipotencia como requisito para pensar problemas institucionales	Cuando Guillermo sostiene que la verdad no es nunca lo que acaba de descubrir en el presente constituye una forma de reconocer que la realidad inmediata no es idéntica al pensar. Otra ocasión también la encontramos cuando se opone a emitir un juicio sobre la influencia del diablo, dado que tal decisión implicaría hallar una explicación demasiado elevada (claro que, en este caso, su argumentación también puede considerarse desde un punto de vista político).
IV. La dimensión política de la institución constituye un problema insoslayable.	Por ejemplo, cómo el bibliotecario (Malaquías) y el Abad (Abbone) se subordinaban al poder de Jorge de Burgos. Al respecto, comprendemos el problema del poder en su relación con los procesos pulsionales, las tradiciones y las realidades en juego. Ello implica considerar las alianzas, las subordinaciones, las derrotas, las fuerzas relativas, los diferentes recursos, las estrategias, etc. Asimismo, la perspectiva política supone tanto la distribución formal del poder como la real, dada la presencia de ciertos factores políticos que escapan a toda formalización organizacional.
V. Entrampamientos	Por ejemplo, en las confesiones, entendidas en este caso cómo la posesión de un saber que paraliza a quien lo escucha. Se trata de una contradicción pragmática entre dos órdenes (no poder ser infidente y no poder admitir determinados hechos) [38].
VI. Producción de la exterioridad	El mecanismo interviniente es de la gama de la proyección, no obstante existen diversas alternativas: a) la proyección consistente en expulsar a grupos o individuos que invadieron y amenazan el equilibrio institucional; b) la expulsión de grupos o individuos que forman parte integrante de la institución y están en conflicto con sectores dominantes; c) la proyección que dota de significación y valor a la realidad. Según hemos visto en la novela, el contacto con el mundo exterior a la abadía está corrupto. En rigor, consideremos dos exteriores a la abadía: por un lado, por los nexos con extramuros y, por otro lado, respecto de la comunicación con aquello exterior-interior (la biblioteca).
VII. Renovación de proyectos e ideales	La búsqueda de Guillermo supone producir nuevos proyectos que complejicen la institución en el marco de la renovación de los ideales. Ello se advierte en su idea acerca de que no resulta suficiente con atesorar un saber. En ese mismo marco, quizá, pueda entenderse cuando Severino alude a las reglas que se modifican con el tiempo como efecto de las exigencias comunitarias. De manera que para que los conflictos no conduzcan a la disolución institucional será necesario el desarrollo de una lógica progresivamente más compleja para el abordaje de los problemas y para generar proyectos renovados. Claro que una lógica de mayor complejidad pone en jaque diversas identificaciones y tradiciones así como a ciertos proyectos que podrán ser integrados o bien sofocados. Un interrogante que se desprende es si de alguna manera el analista institucional puede operar

VIII. Nexos con el saber	como quien anticipa esta lógica, lógica que exige una mayor renuncia a la consumación pulsional. Dicha renuncia se compone de: a) su transformación en ternura; b) un creciente miramiento por lo útil [39].
IX. Alejamiento de la realidad concreta	Hemos señalado las diversas formas de nexo con el saber y, sobre todo, de extraerlo, y en ello diferenciamos a Guillermo de Bernardo Gui. Al respecto, Maldavsky señala que Eco “ <i>describe otro modo de extracción de un saber, mediante amenazas y torturas, aunque en este caso el contenido extraído por confesión sigue el deseo de quien inquiere, mientras que cuando el filósofo escucha a Adso no espera ninguna respuesta en particular, ni siquiera espera una respuesta, y en cambio está abierto a los interrogantes</i> ” (1991, pág. 224). Sobre ello, González sostiene que “ <i>el punto ciego para la mayoría de los intérpretes consiste en pasar por alto la artificialidad del dispositivo que condiciona su mirada</i> ” (1998, pág. 38). Desde la perspectiva de Guillermo, entonces, hay tres posiciones: la de Aristóteles (el genio que trasmuda el goce en lógica), la de él mismo (por momentos identificado con el primero) y la de Adso, sobre todo del placer de este último, del cual Guillermo obtenía un saber.
X. Posición del AI: denegación del deseo vindicatorio	Cuando el abad le propone (impone) a Guillermo que razone sobre las causas de una muerte sin ver el lugar concreto en que pudo haber ocurrido, entendemos que allí opera una tendencia a promover un tipo de razonamiento que no toma en cuenta los hechos concretos. Quizá lo mismo pueda decirse de la inducción a explicaciones que incluyan la incidencia del diablo e, incluso, cuando el inquisidor decreta que alguien es culpable independientemente de lo que diga y de lo que hubiera hecho. Podemos también recordar el estado de arrobamiento en que se encontraba Adso durante la oración. Es probable que sea una tendencia si no canónica, cuanto menos frecuente en las instituciones, el hecho de promover un distanciamiento de la realidad concreta sustituida por un mundo de ideas carentes de nexos con el mundo material.
X. Posición del AI: denegación del deseo vindicatorio	El AI es aquel que debió y pudo renunciar a la posición del inquisidor. Es aquel en quien se ha consumado la denegación de componente persecutorio (vengativo o justiciero). En un artículo previo (Plut, 2002) analizamos algunas cartas de juventud de Freud para estudiar su proceso de decisión vocacional. Allí nos preguntamos a qué habrá respondido su decisión de abandonar la idea de estudiar abogacía para, en cambio, ser un investigador de la naturaleza. Jones, en su biografía de Freud, alude a este hecho y señala que curiosamente el único examen que aquél no aprobó en su vida fue el de medicina legal. El biógrafo, citando a Bernfeld, refiere que Freud renuncia a su afán de poder sobre los hombres para alcanzar el poder “más sublime” sobre la naturaleza. En un terreno teórico, Maldavsky (1996) reseña los diversos conceptos que Freud desarrolló apelando al discurso jurídico (ley, juicio, pleito, desestimación, etc.) apuntando que “ <i>pagó generosamente estos préstamos tomados del terreno legal haciendo muy diferentes aportes al estudio de problemas jurídicos</i> ” (pág. 215). Tal vez aquel cambio del derecho hacia la investigación suponga un cambio equivalente a lo que hemos señalado de Guillermo de Baskerville, cuando pasa de inquisidor a filósofo y detective. Cabe agregar que la denegación del afán vengativo no deriva de una represión o sofocación patógena sino, más bien, de una renuncia pulsional [40]. Esta renuncia pulsional no solo se verifica, en Guillermo, respecto del componente persecutorio, sino también, por ejemplo, cuando impide que Bernegario se confiese con él (no se deja atrapar por la tentación del saber cuya consecuencia sería la parálisis en la acción).

En suma, los problemas en juego son: a) la relación entre lo universal, lo general, lo particular y lo singular; b) los nexos entre la afinidad y la diferencia [41]; c) la distinción entre diversos tipos de transgresión y d) los grados de abarcatividad del ideal (cuanto más rígido, regresivo y totalizante se pretenda un ideal, menos abarcativo será).

5. ADDENDA: ¿DÓNDE LOS QUE YA NO ESTÁN?

Eco afirma que la frase final de la novela (“*stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemos*”) [42] la tomó de un autor (Bernardo Morliacense) que compuso variaciones

sobre el tema del *ubi sunt* (¿dónde están?), y explica “*la idea de que de todo eso que desaparece sólo nos quedan meros nombres*” (1987, pág. 9). El *ubi sunt* es una temática literaria que se pregunta por los héroes –y sus obras- que ya pasaron y no están [43]. Es decir, la pregunta contenida en tales obras expresa el dolor por la pérdida y por el reconocimiento de que el presente ya no coincide con la atmósfera mítica del origen (Mal-davsky, 1998).

Desde el punto de vista literario es probable que la temática del *ubi sunt* sea una más de las referencias intertextuales de la novela de Eco. En efecto, el autor eligió el título de su novela “*porque la rosa es una figura simbólica tan densa que, por tener tantos significados, ya casi los ha perdido todos... Así, el lector quedaba con razón desorientado, no podía escoger tal o cual interpretación*” (*op. cit.*, pág. 12). En suma, la interrogación es doble, por el tiempo (pasado) y por el espacio (orientación). Recordemos la estructura formal de la novela: todo ocurre durante siete días, lo cual parece emular los siete días de la creación divina. La novela está organizada en secciones –una por cada día- y dentro de cada sección, capítulos que también siguen el orden cronológico. A su vez, cada capítulo se inicia con un breve párrafo que anuncia lo que ocurre y todos ellos iniciados con el adverbio “donde” (por ejemplo: “Maitines. Donde pocas horas de mística felicidad...”).

Esta temática cobra relevancia cuando prevalece un deseo ambicioso acompañado de angustia. La pregunta, pues, corresponde al esfuerzo por hallar una orientación y no quedar perdido ante una diversidad de alternativas entre las cuales es preciso elegir (Dios como infinito torbellino de posibilidades). Tiene así vigencia una función anímica atribuida al padre como aquel que más que dar respuestas, sostiene los interrogantes y puntualiza cuáles son los enigmas fundamentales, a la vez angustiantes e insoslayables. En suma, la temática del *ubi sunt* incluye: a) el reconocimiento de una realidad (héroes que ya no están disponibles como personas); b) el planteo del problema (recuperación de la función simbólica paterna al habilitar en lo anímico y lo social un lugar excéntrico con el cual establecer una tensión interrogativa y orientadora de los esfuerzos); c) determinados deseos y proyectos.

Con ello lo que intento exponer es no solo una afiliación estética más en la obra de Eco, sino también la pertinencia de pensar la retórica del *ubi sunt* como inherente a la perspectiva del AI.

Recordemos que mientras Jorge encara el futuro desde un pensar apocalíptico, como destino regido por la compulsión a la repetición de un trauma, para Guillermo el futuro tiene un carácter racional ligado con ciertas decisiones [44]. Es decir, donde Jorge aspira a ver cumplidas sus profecías, Guillermo coloca un interrogante. También se contraponen dos tipos de verdad, una absoluta e incuestionable (Jorge) y otra que requiere de la duda, de una revisión crítica que dé cabida a argumentos en contra y al placer de la risa. Dijimos que no se trata de la duda del obsesivo sino de la posibilidad de sostener los interrogantes y de soportar la diferencia entre el propio pensar y la realidad [45]. Podemos afirmar, pues, que el AI es aquel que acompaña el proceso de la institución a medida que ésta se distancia de su propio origen (habitualmente transformado en mito) y sostiene los interrogantes que permiten orientarse hacia el futuro.

Notas

[1] Esquema conceptual referencial operativo.

[2] “...es evidente que yo quería escribir una novela histórica, y no porque Ubertino y Michele hayan existido de verdad y digan más o menos lo que de verdad dijeron, sino porque todo lo que dicen los personajes ficticios como Guillermo es lo que habrían tenido que decir si realmente hubieran vivido en aquella época” (Eco, *op. cit.*, pág. 81).

[3] “*La novela policiaca constituye una historia de conjetura, en estado puro. Pero también una detección médica, una investigación científica e, incluso, una interrogación metafísica, son casos de conjetura. En el fondo, la pregunta fundamental de la filosofía (igual que la del psicoanálisis) coincide con la de la novela policiaca: ¿quién es el culpable?*” (Eco, *op. cit.*, pág. 59). Veremos que las tareas del analista, del médico y del detective se asemejan no tanto por la búsqueda del culpable sino por el método empleado (abducción).

[4] En particular me recordó a *El monje* (Lewis, 1794).

[5] “*El analista penetra en el espíritu de su oponente, se identifica con él*” (Poe, *op. cit.*, pág. 342), “*lo necesario consiste en saber qué se debe observar*” (Poe, *op. cit.*, pág. 343). Recordemos que Dupin también es el investigador en otros cuentos (“La carta robada”, “El misterio de Marie Rogêt”).

[6] Jorge de Burgos, el viejo ciego y sabio, nos recuerda a Tiresias, el ciego de la tragedia de Sófocles, ambos y cada uno a su modo depositarios de algún tipo de memoria comunitaria. Otra referencia intertextual entre ambas es el cruce de tres caminos: “*Y a Layo es fama pública que sucumbió a manos de unos forajidos extranjeros, en un sitio en que convergen tres caminos*” (*Edipo Rey*); “*...allí donde el camino principal se ramificaba formando un trivio, con dos senderos laterales, mi maestro se detuvo un momento...*” (Eco, 1980; pág. 30). Maldavsky (1991) indica que otra alusión intertextual está dada por el laberinto, en este caso con la narrativa de Borges.

[7] Si bien yo me centro en Guillermo de Baskerville como analista institucional, muchos de estos interrogantes son afines.

[8] Quizá esta explicación de mayor nivel de abstracción pueda combinarse con otra relativa al origen de la posesión del libro: Jorge lo había robado. González (1998) también llama la atención sobre el hecho de que, habiendo traído el libro desde España, Jorge decidió conservarlo.

[9] No me detendré en examinar las ideas de dos de los referentes intelectuales de Guillermo de Baskerville: Roger Bacon y Guillermo de Occam. Roger Bacon (1214-1294) fue miembro de la orden de los franciscanos, perseguido y condenado en 1278. El autor entendía que enfatizar el papel de la experiencia y la manipulación de la naturaleza para la adquisición del conocimiento no constituía una negación de la fe sino todo lo contrario. Su obra incluye estudios teológicos, filosóficos y matemáticos. Guillermo de Occam (1298-1349) también fue de la Orden franciscana y su obra recibió acusaciones de herética. Intervino fuertemente en política —en torno de las relaciones entre el papado y el imperio— y escribió en oposición a los teólogos que se centraban en el mundo de las ideas y las esencias. Para un examen más detallado de la filosofía de Occam y de su influencia en la novela de Eco, puede verse Quezada Macchiavello (1996).

[10] Recordemos que, finalmente, lo que condujo a la aniquilación institucional fue la ruptura del aislamiento entre el espacio tabú y el resto de la comunidad.

[11] Muchas de las citas textuales que transcriben Maldavsky y González coinciden con las que yo mismo subrayé en la novela (si bien, por el tipo de organización del trabajo, yo expongo algunas más). Si dos o más investigadores coinciden —en buena medida— en la selección de la muestra puede tomarse como prueba de un grado satisfactorio de confiabilidad interjueces (este tipo de pruebas permite sortear el problema del sesgo en la selección).

[12] Klimovsky afirma que cuando la correlación con las variables externas es pobre o escasamente significativa “*puede despreciarse a los efectos técnicos o prácticos*” (1973, pág. 494).

[13] Freud analiza un chiste en el cual un judío responde que va a Cracovia y otro judío le dice: “*¡Pero mira qué mentiroso eres! Cuando dices que viajas a Cracovia me quie-*

res hacer creer que viajas a Lemberg. Pero yo sé bien que realmente viajas a Cracovia. ¿Por qué mientes entonces?” (1905, pág. 108). Freud incluye este ejemplo en un cuarto grupo de chistes: los escépticos (sumado a los obscenos, los hostiles y los cínicos) no obstante, nuestro interés es otro: a) el problema de la verdad y/o la mentira; b) cómo pueden expresarse y detectarse las falsedades (se puede mentir diciendo la verdad y se puede decir la verdad mintiendo); c) las capas sucesivas de un discurso como equivalentes de los grados de inaccesibilidad. Recuerdo el director de una institución que evitaba decir ciertas cosas porque, según afirmaba, no quería “ser el malo de la película”. Sin embargo, frecuentemente adoptaba conductas hostiles, y su frase, entonces, evidenciaba diferentes puntos de inaccesibilidad: no hablar de su hostilidad, ocultar su dificultad para tomar decisiones y su tendencia a no tomar en cuenta lo que quiere. Distinguimos, pues, tres niveles: lo que se dice, lo que se insinúa (se sugiere o se hace creer) y lo que se oculta.

[14] Dejours sostiene que habitualmente es más sencillo intervenir sobre las condiciones y medio ambiente laboral que sobre la organización del trabajo (sistema jerárquico, contenido de la tarea y división técnica).

[15] Esto lo señaló en un reportaje que le hicimos con Ruth Kazez y que salió publicado en el N° 209, del año 1994, de la Revista *Actualidad Psicológica* (la cita corresponde a la página 22 de dicha revista).

[16] Kant sostuvo que la teoría sin intuición es vacía y la intuición sin teoría es ciega.

[17] La referencia a la “imaginación” remite al hecho de que en la actividad clínica tiene lugar lo que se ha dado en llamar el “contexto de descubrimiento”. En cambio, cuando se trata de una investigación sistemática ya ocupará su lugar el “contexto de justificación” y, con ello, el proceso deductivo.

[18] En varios textos Freud aludió a Artemidoro Daldiano. De su obra destacó que el sentido de los sueños varía según la persona del soñante (1910). También afirmó no comprender “*por qué razones el arte de la interpretación de los sueños declinó y cayó en descrédito. La difusión de las luces no puede haber tenido mucha parte en ello, pues la oscura Edad Media preservó fielmente cosas mucho más absurdas que la antigua interpretación de los sueños*” (1915-1916, pág. 78). En otro texto se refirió más extensamente al valor de la obra de Artemidoro: “*Una variación interesante de este procedimiento del descifrado, que de alguna manera corrige su carácter de traducción puramente mecánica, se expone en el escrito sobre interpretación de los sueños [Oneirocritica] de Artemidoro Daldiano. Aquí se atiende no sólo al contenido del sueño, sino a la persona y a las circunstancias de vida del soñante*” (1900, págs. 119-120). En una nota al pie del mismo texto, agrega que la obra de este autor constituye “*el estudio más completo y cuidadoso de la interpretación de los sueños*” y cita la sugerencia del “*principio de la asociación. Una cosa onírica significa aquello que evoca*” (*op. cit.*, pág. 120, n. 3). En el mismo texto, Freud había hecho ya otra referencia al problema de los sueños y la Inquisición: “*Tiene su interés conocer la actitud que la Santa Inquisición adoptó frente a nuestro problema. En el Tractatus de Officio Sanctissimae Inquisitionis, de Caesar Careña hallamos el siguiente pasaje: «Si alguien formula herejías en sueños, los inquisidores deben por ese motivo investigar su conducta en la vida, pues mientras dormimos suele regresar lo que nos ha ocupado durante el día»*” (1900, pág. 93, n. 2).

[19] Una vez más evocamos *Edipo Rey*, pues allí cobra valor el saber de los esclavos, tal como ha sido destacado por Foucault (1974). Maldavsky, por su parte, y citando a Lacan, también alude al esclavo como “*el lugar a partir del cual el filósofo desarrolla el saber, lo hace derivar de su discurso. Esta es la relación que se establece por momentos entre Guillermo y Adso*” (1991, pág. 223).

[20] “*Toda criatura del mundo, al igual que un libro y un cuadro, está para nosotros en un espejo*”. Para las frases latinas utilicé las traducciones de Lema Hincapié (2006).

[21] Nos preguntamos si, acaso, la coincidencia entre el apellido del inquisidor (Gui) y la primera sílaba del nombre de Guillermo tiene algún valor, sobre todo en el marco de reconocer que, según ya lo expusimos, el desempeño del AI supone la denegación de un componente persecutorio (inquisidor). Algo similar podemos decir del deslizamiento semántico entre el sustantivo “inquisidor” y el verbo “inquirir”.

[22] Cuando Picasso decía “yo no busco, encuentro” aludía al factor sorpresa, a la actitud de quien se abre al encuentro con el mundo. En cambio, encontrar sin haber descubierto es la posición de quien solo aspira a confirmar sus preconcepciones y satisfacer sus propias necesidades.

[23] González (1998) coincide en cuanto a que estamos en el terreno de las abducciones.

[24] En las *Apostillas* Eco dice: “*Se escribe pensando en un lector... Puede suceder que el autor escriba pensando en determinado público empírico...pero también Joyce escribe para el público cuando piensa en un lector ideal... En ambos casos... escribir es construir, a través del texto, el propio modelo de lector... Para obligar a los lectores empíricos a transformarse en el lector modelo que había soñado*” (1987, págs. 53-6).

[25] “Toda criatura del mundo es como un libro y una inscripción” (en la nota al pie 21, hemos dado la referencia para las traducciones del latín).

[26] Véase Roudinesco (2003).

[27] La denegación del componente inquisidor en el AI no impide que, en ocasiones, sí deba recurrir a ciertas denuncias, por ejemplo cuando se trata de poner de manifiesto ciertas maniobras entrampantes de alguno de los miembros.

[28] Véase Plut 2010b.

[29] Al respecto, tomamos en cuenta las hipótesis de Freud sobre las formaciones reactivas y los rasgos de carácter.

[30] Las teorías sexuales descritas por Freud son: la premisa universal del pene, la concepción sádica del coito y el parto por deposición.

[31] Esto supone darle cabida al carácter contradictorio e hipotético (provisorio) de los pensamientos.

[32] Puede verse lo que Roussillon (1989) trabaja sobre los espacios y tiempos intersticiales.

[33] Salvatore intentaba explicar por qué odiaba a los judíos y no a los obispos. No podremos detenernos en el análisis de este personaje particular, quien hablaba una lengua confusa, mezcla de múltiples idiomas y dialectos, obtenía sexo a cambio de comida y había llegado a la abadía luego de formar parte de grupos herejes (seguidores de Dulcino). Una de las líneas posibles corresponde a lo que Maldavsky (1996) denominó criminalidad anónima: Adso dice que Salvatore era “*capaz de matar a un semejante sin ser consciente de su crimen*” (Eco, *op. cit.*, pág. 236).

[34] Esta expresión, de uso conocido, resulta interesante ya que combina el problema del poder con el componente orgánico.

[35] Dice González: “*...los sujetos allí implicados expresan sus propias interpretaciones, a las cuales frecuentemente les siguen determinadas acciones*” (1998, pág. 43).

[36] En una institución en la que me desempeñaba como AI organizaron una reunión con un consultor que había sido contratado para un “diagnóstico organizacional”. En dicha reunión, en la cual el consultor haría su devolución, participamos los directivos de la institución y yo. Si bien el encuentro fue sumamente extenso yo no escuché nada que se pareciera a una devolución o conclusión de la consultoría realizada. Más bien, el profesional solo procuraba que quienes participamos dijéramos qué pensábamos. A su vez,

al expresar la consigna inicial de la reunión, el consultor avisó que como cierre de la misma pediría que hagamos una evaluación del proceso de trabajo. Durante el transcurso de la actividad yo notaba que los demás participantes se mostraban muy entusiasmados con la tarea, mientras registraba en mí un creciente malestar por la ausencia de la anunciada devolución. Cuando promediaba la reunión, por un momento pensé en exponer, al final, mi molestia e insatisfacción con la situación, declarando que no encontraba ninguna conclusión y que evaluaba como muy pobre el trabajo llevado a cabo. Sin embargo, luego consideré que expresándolo de ese modo, no solo resultaría irrespetuoso y agresivo, sino que también estaría contradiciendo el entusiasmo de los directivos de la institución (quienes, por eso mismo, podrían sentirse descalificados por mi crítica). Finalmente, opté por decir que me había resultado muy valioso el intercambio que habíamos tenido durante la jornada, pero que me había quedado con ganas de escuchar un poco más al consultor. Con ello consideré que estaba dándole lugar a los múltiples requerimientos: a) no oponerme a los restantes participantes; b) no expresarme de modo hostil; c) exponer mi impresión sobre la falta de respuesta del consultor. Claro que en lugar de decir: “usted no hizo ninguna devolución”, señalé mi interés o ganas por escucharlo.

[37] González observa que aun cuando el Apocalipsis no forma parte de los criterios con que Guillermo lee la realidad, sí tiene que tomarlo en cuenta como significación con que opera el posible asesino.

[38] Hemos mencionado solo uno de los tipos posibles de entrampamiento, el pragmático. Sin embargo, existen otras alternativas, cuando la contradicción no se da entre dos órdenes (acciones) sino, por ejemplo, entre palabra (o percepción) y hechos, o entre dos exigencias afectivas, etc.

[39] La regla de la abstinencia y la renuncia al *furor sanandi* son dos instrucciones de Freud en este mismo sentido.

[40] La renuncia pulsional supone: a) la capacidad para diferir o postergar la satisfacción del deseo en juego; b) la admisión de una satisfacción de menor intensidad; c) la consideración de recaudos y cuidados; d) no homologar tensión con consumación, de modo que el sujeto no se conduzca a una descarga al cero absoluto.

[41] El AI dará lugar a: a) las diferencias; b) las afinidades; c) las contradicciones. Asimismo, sabrá determinar en cada ocasión en dónde poner el acento entre cada una de estas alternativas.

[42] “La rosa prístina está en el nombre, [sólo] tenemos los nombres desnudos”.

[43] Una obra muy conocida es “Coplas a la muerte del Maestro Don Rodrigo” de Jorge Manrique. El poeta, casi al final de la misma, dice: “...*que aunque la vida perdió, dejarnos harto consuelo su memoria*”.

[44] Dice Maldavsky: “*Toda la novela se desarrolla como una pugna entre varias posiciones: la mística, la apocalíptica, la burocrática y la de un pensador lúcido, que pretende deducir ciertas conclusiones apelando a criterios racionales*” (1991, pág. 238).

[45] En nuestro análisis aludimos también a que Guillermo reconoce las limitaciones de sus propias deducciones, la imposibilidad de acceder a una verdad definitiva, sin contradicciones, y que todo ello constituye un freno a la lujuria entendida como ilusión de que la realidad coincida con la pulsión.